

Este trabajo pone atención en las críticas e incertidumbres ante la brecha digital y las dificultades para avanzar en América Latina hacia la sociedad del conocimiento, no obstante reconocer aportes en torno a la concepción dialógica de la educación, la participación de la comunicación y la educación popular. Tras señalar el espesor de la cultura pedagógica latinoamericana, analiza la falta de registro y expresión de la misma y en este sentido, plantea que no se puede construir conocimientos a partir de una cultura que no se recoge o investiga. Finalmente, expone una serie de puntos extraídos de un documento de la UNESCO, vinculados a los derechos fundamentales del ser humano.

LA COMUNICACIÓN Y LA EDUCACIÓN EN EL HORIZONTE DE LA SOCIEDAD DEL CONOCIMIENTO

Hacia 1965 Piaget alertaba sobre la posibilidad de un “verbalismo de la imagen”. Eran los tiempos de la primera revolución tecnológica en el terreno de la educación. Durante más de una década, los países subdesarrollados se lanzaron a comprar esas tecnologías que estaban llamadas a dejar atrás la primacía de la palabra del educador, con la introducción de la imagen en escena, a través de las diapositivas, de los circuitos cerrados de televisión, de los retroproyectores.

Nada cambió con esa revolución. La incorporación de equipos no fue acompañada de una reflexión a fondo sobre sus posibilidades pedagógicas y la educación siguió su rumbo marcado por el viejo verbalismo. La estrategia de uso de medios, iniciada en los 60 no sirvió para generar procesos de comunicación en los centros en que fue implementada; no sirvió para promover la participación de los propios docentes en la elaboración de sus mensajes y no sirvió, sobre todo, para que los estudiantes utilizaran creativamente los medios¹.

En 1982 el gobierno de México encargó una serie de investigaciones prospectivas para anticipar cómo podría ser el país hacia el año 2000. Participé por el Instituto Latinoamericano de la Comunicación Educativa, ILCE, en la investigación sobre el papel de las tecnologías de la información y la comunicación en la educación. Para pensar futuro es siempre necesario conocer el presente y el pasado, al menos el más cercano. Investigamos lo ocurrido con las tecnologías aplicadas a la educación formal en los últimos veinte años en ese país, es decir, en las décadas del 60 y del 70. Habían pasado todas por el sistema, pero las anunciadas transformaciones no se habían producido según lo anunciado y lo esperado.

Como se trataba de aconsejar al gobierno sobre la posible incorporación de computadoras a la enseñanza, el informe sugirió no comprar nada hasta tanto se hiciera un inventario de las tecnologías existentes en todos los niveles del sistema, para ver qué se podía impulsar con ellas. Acuñamos entre nosotros la expresión: “dime qué hiciste con las viejas tecnologías y te diré qué harás con las nuevas”.

En 1994 dirigí en Mendoza, Argentina, un proyecto de capacitación de maestros de primaria en el uso de la televisión en la escuela. Con apoyo de organismos internacionales, se había equipado a todos los establecimientos escolares de primer y segundo ciclo con aparatos que incluían videograbadoras. Se trató de un curso de un año de duración, en el cual se involucraron 840 docentes, mediante un sistema a distancia.

Aprendimos de esa experiencia que los educadores no tenían mayor idea de lo que sucede con los mensajes televisivos, a pesar de ser consumidores de ellos. Y, por supuesto, tenían menos idea de cómo trabajar con tales mensajes en la escuela, tanto para rescatar lo que podían traer de valioso como para realizar una lectura crítica. Si nos situamos en el terreno de esa tecnología audiovisual, podemos señalar que nuestros colegas educadores padecían entonces un fuerte analfabetismo tecnológico².

Desde 1987 a 1999 coordiné en la Universidad Nacional de Cuyo la construcción del Sistema Integrado de Bibliotecas Informatizadas, SIBI, que consistió en crear una red entre los doce centros de documentación de esa casa de estudios. El proyecto incluía la compra de equipamiento para organizar la red digital. Cuando comenzamos a trabajar, los contadores me pidieron que apresurara la caracterización de las máquinas a fin de comprar los equipos y de montar la red. No tuve problemas en hacerlo, sólo que guardamos tales recursos por varios meses. Primero nos dedicamos a crear la red humana, mediante una capacitación intensiva, con el apoyo del Centro de Documentación de la CEPAL, el CLADES, para lograr un sistema cooperativo de trabajo y un interaprendizaje entre las y los bibliotecarios. Creada la red humana, la red digital se construyó sin problemas.

Estos ejemplos se orientan a reflexionar sobre lo que significa en nuestros países el largo camino hacia esta sociedad del conocimiento que crece vertiginosamente en los comienzos del siglo. Aprendimos de ellos lo siguiente:

- ⇒ Se puede hablar de un generalizado analfabetismo tecnológico de estudiantes y docentes en todos los niveles y establecimientos educativos.
- ⇒ La característica más difundida con respecto a la tecnología es la de un consumo de productos tecnológicos, y de información y no de una comprensión, apropiación y uso de sus posibilidades.
- ⇒ Se avanza hacia una sociedad de la información con gente que en general no está preparada para localizarla, procesarla y aplicarla a la solución de sus problemas cotidianos y laborales.
- ⇒ El sistema educativo, en todos sus niveles, no se ha apropiado de las posibilidades de la tecnología en general y de las tecnologías de

la información en particular, para mejorar sus procesos de enseñanza-aprendizaje.

- ⇒ El sistema educativo no ha desarrollado una capacidad, ni en sus docentes ni en sus estudiantes, de aprovechar las tecnologías para la solución de necesidades, tomando en cuenta el entorno de cada establecimiento y las posibilidades de sus integrantes.

Amplíemos el alcance de la expresión:

El primer grado de analfabetismo corresponde al cómo del funcionamiento de una determinada tecnología, desde las marchas de un motor hasta el sistema digital en el trabajo con la computadora. El segundo grado es el del lugar social de las tecnologías: ¿quiénes las producen, qué ganamos y qué perdemos con ellas, adónde nos lleva una innovación irrefrenable ligada a menudo a un consumo también irrefrenable? El tercero es el lugar que ocupan las tecnologías en nuestras relaciones y en la vida cotidiana, como recursos para el aprendizaje.

Alfabetización significa comprender esas lógicas, apropiarse de ellas, reconocerlas y evaluarlas en nuestra vida cotidiana y leerlas críticamente en las relaciones sociales.

Sin duda esto va cambiando a través de múltiples experiencias en distintos países en la región, con búsquedas de innovación en todos los niveles del sistema, pero nos corresponde reconocer lo mucho que falta por recorrer.

Construir y construirse

Primer punto para la reflexión: ¿cómo avanzar hacia una sociedad del conocimiento con fuerte apoyo de las tecnologías desde ese analfabetismo tecnológico?

Una sociedad del conocimiento tiene tres condiciones de posibilidad imposibles de dejar de lado:

- saber leer
- saber escribir
- saber comunicarse con los demás

Me refiero, con el primer punto, no sólo a la tan necesaria alfabetización tecnológica. Me refiero a la capacidad de dar, de reconocer sentido a lo que se lee. En 2001 el senado de Estados Unidos aprobó un sistema para asegurar ese camino: todo niño a los ocho años de edad debe ser capaz de dar sentido a lo que lee. El método corresponde a cada Estado y cada establecimiento, pero el control

lo hace el gobierno federal. Una medida semejante se tomó para asegurar el camino hacia una sociedad del conocimiento.

Saber escribir: me refiero en primer lugar a la escritura de puño y letra, que tanto hemos cultivado en los sistemas educativos de nuestros países. Y me refiero también a la escritura tecnológica. Sin la primera, la segunda se estrecha, pierde posibilidades para esta marcha hacia el desarrollo de la construcción de conocimientos.

Saber comunicarse con los demás, porque si algo nos mueve en estos comienzos de siglo es la necesidad de la interacción humana, no sólo de la interactividad con los programas. Y para promover la comunicación necesitamos crear entornos de aprendizaje donde se la practique, oportunidades sociales de relación.

El segundo problema en el orden de esta exposición es el del aprendizaje. Si hablamos de "sociedad del conocimiento", lo hacemos sin lugar a dudas de "sociedad del aprendizaje". Es preciso reconocer la presencia del tema en la agenda educativa de nuestros países, tanto por los avances en su comprensión durante el siglo XX como por lo sucedido en varios casos con las reformas educativas. Así, por ejemplo, dentro de la jerga de muchos educadores aparece de manera recurrente la expresión "construcción de conocimientos" y no son pocas las experiencias dirigidas en esa dirección³.

No hay problemas en aceptar tal expresión, siempre que nos detengamos en algo previo: desde el punto de vista educativo la cuestión no es sólo construir conocimientos, la cuestión es construirse. Así como la "información no es suficiente" (según lo plantea con toda razón la UNESCO), así tampoco la construcción de conocimientos nos alcanza, porque lo que está en juego en todo proceso educativo no es sólo el conocimiento, sino fundamentalmente el ser humano, cada ser humano.

De un sistema educativo se puede salir bien construido, medianamente construido, mal construido y hasta destruido. Cuando hablo de *construirse* me refiero al desarrollo de todas las potencialidades. Sabemos desde hace años que la educación no se agota en el juego enseñanza aprendizaje, sino en una totalidad que se expresa de la siguiente manera: enseñanza, aprendizaje y desarrollo.

¿Desarrollo de quien? ¿Construcción de quién? De todos quienes participan en el acto educativo. Vamos así a otro término también presente en la agenda: la calidad. Para nosotros su primer sentido, su básico sentido, corresponde a la calidad de los seres humanos, todos quienes participan en un proceso educativo.

La calidad del educador como sujeto individual, construido en su capacidad de comunicar, de interactuar, de mediar con toda la cultura, de investigar, de producir intelectualmente.

La calidad del educador como sujeto social: grupos, equipos, redes, investigadores, productores intelectuales consolidados.

Del estudiante como sujeto individual: capacidad de expresión, seguridad, autoestima, disponibilidad de recursos de relación e interacción, comprensión de las interdeterminaciones de los fenómenos sociales, tolerancia, convivencia con la diversidad y las diferencias...

Del estudiante como sujeto social: capacidad de interaprendizaje, existencia de grupos de referencia, presencia, acción y visibilidad de los mismos en la sociedad, apertura hacia el contexto, espacios de encuentro...

Desde lo anterior, la calidad como cuestión de sujetos, pasamos a referirnos a la calidad de los productos, de los ingresos y egresos, de los materiales utilizados, de las tecnologías y de su uso, de determinado plan de estudios, de determinada asignatura...

Primero la calidad humana de todos los seres humanos, después todo lo demás.

Si aceptamos y apoyamos la propuesta de una sociedad del conocimiento, lo hacemos precisamente en el sentido en que se la plantea en el documento "UNESCO y la cumbre mundial de la sociedad de la información". Volveremos más adelante sobre éste, digamos ahora que en la construcción, en la calidad, se ponen en juego la sociedad en su conjunto, los derechos humanos, el derecho a una cultura, a la preservación, la construcción y la comunicación de la misma.

Entonces, a favor de esa calidad, ¿qué conocimientos construir? Al respecto señala el pensador alemán Hans Magnus Enzensberger: "Nada de esto cambia el hecho de que gracias a la evolución, hoy como ayer disponemos de un motor de búsqueda incomparable: el mejor de todo sigue siendo todavía nuestro cerebro"⁴.

Y, en ese uso intensivo del cerebro, Tedesco propone, como papel de la escuela "preparar para el uso consciente, crítico y activo de los aparatos que acumulan la información y el conocimiento"⁵.

Para ello es necesario, frente a tendencias neodarwinianas que pretenden volver a cuestiones genéticas para diferenciar a individuos, y hasta pueblos, con mayor o menor capacidad de aprender, "...desarrollar con más fuerza que nunca la confianza en la capacidad de aprendizaje de todas las personas."

Aprender sentido de solidaridad asociado al sentido de pertenencia, con apertura a las diferencias, para lo cual será necesario crear entornos de aprendizaje que permitan experiencias pluralistas y democráticas en las escuelas.

En orden a conocimientos a construir, el punto de partida es cada ser en particular, sus capacidades, sus destrezas, sus formas de expresión y de relación.

Pero ello va ligado siempre a un contexto social y cultural. Construir conocimientos de la propia cultura, no sólo de lo que existe de ella para ser objeto de aprendizaje, sino también de lo que será necesario rescatar para poder leerse en ella.

Nuestros aportes

Esta primera parte de mi presentación se enmarca en las críticas y en las incertidumbres ante la brecha digital y lo lejos que estamos de ese avance hacia la sociedad del conocimiento.

Sin embargo las tecnologías de la información y de la comunicación no llegaron a nuestras tierras como quien viene a inaugurar los tiempos, como si nada hubiera sucedido antes.

América Latina ha aportado mucho a la comunicación y la educación, desde los textos maravillosos de Simón Rodríguez (quien se empeñaba en recordarnos que todo aprendizaje es un interaprendizaje y decía, de manera más completa que ahora: el buen maestro enseña a aprender y ayuda a comprender⁶), hasta los caminos abiertos por Paulo Freire y las búsquedas en torno a la comunicación educativa y la mediación pedagógica⁷.

Detengámonos, para ilustrar esos aportes, en el actual llamado a la interactividad. El siglo XX nació signado por la creencia en el todo poder de los medios de comunicación. Durante más de siete décadas nos debatimos en contra del modelo unidireccional, desde los argumentos a la altura de la primera gran guerra: los medios, los diarios, provocaron la contienda, hasta los vertidos en torno a la propaganda nazi y el remate de ese tipo de lógica en la crítica a la publicidad y a la manipulación de masas.

El siglo, abierto a la sombra del todo poder de los medios, de la influencia sin mediaciones en masas obedientes, se cerró con un canto a la interactividad y a la iniciativa de individuos y grupos, a la libertad de elegir caminos para el aprendizaje, a la ruptura de viejos moldes en las maneras de enseñar y de aprender. Ninguna casualidad en todo esto. El viraje fue preparado por una revolución tecnológica y por incansables búsquedas en el conocimiento de lo que significa aprender. Un ejemplo, a mi entender, histórico: cuando Seymour Paper comprendió que la inteligencia artificial no le alcanzaba (por allá por el 76), fue a abreviar conocimientos en la fuente de Piaget y pudo incorporar a su sistema LOGO los fundamentos y las experiencias de la epistemología genética⁸.

Pero el descubrimiento de la interactividad y de la interacción suena tardío si se piensa en todo lo hecho en América Latina para superar esas formas de unidireccionalidad y de poder. La concepción dialógica de la educación, los

aportes a la participación de la comunicación y la educación popular, se vienen sosteniendo de manera ininterrumpida en nuestras tierras desde la década del 60.

Y no sólo por el llamado al trabajo educativo en las relaciones cara a cara. La búsqueda de la participación se extendió en los setenta a la comunicación alternativa, con todo tipo de materiales y experiencias dirigidos a lograr formas participativas de relación. Lo hecho por la radio en Latinoamérica en el terreno educativo ha constituido, y constituye, una labor incansable en el terreno de la educación y de la construcción del conocimiento. Pienso en los 30 años de vigencia de ALER, organización que además de la labor radiofónica, dedicó esfuerzos a la investigación y a la capacitación. Pienso en el Instituto Costarricense de Educación Radiofónica, el Instituto Guatemalteco de Educación Radiofónica, el Instituto Hondureño de Educación Radiofónica; pienso en los proyectos de educación a distancia, en Radio Sutatenza, de Colombia, en todos los esfuerzos de alfabetización por radio.

La interactividad, desde el punto de vista comunicacional, fue uno de los grandes aportes de Latinoamérica.

Hay más: el llamado al respeto por la diversidad cultural fue atendido por décadas por emisoras bolivianas, guatemaltecas, dominicanas, a través de programas en quechua, creol y toda la riqueza de los idiomas mayenses.

Y más aún: el cultivo durante más de 30 años de la lectura crítica de la comunicación, como antecedente de lo que se viene pidiendo en la actualidad en relación con la oferta de internet⁹.

Quiero señalar con estas referencias que el espesor de la cultura pedagógica de América Latina no es nada despreciable, tanto por las propuestas innovadoras como lo atesorado por los propios educadores en su trabajo cotidiano.

Cultura pedagógica existente en los sistemas no formales y formales. Porque en nuestra variada realidad social no es posible pasar por encima de tanta experiencia, de tanto esfuerzo de promoción y acompañamiento del aprendizaje realizado a menudo en condiciones precarias, en el marco de la retirada del estado de sus funciones fundamentales.

Hay un tesoro de experiencias y de saberes que guarda en cada país el sistema educativo. Porque si "nadie está totalmente equivocado", es preciso reconocer el valor de lo desarrollado por generaciones de educadores. A menudo, cuando vienen las propuestas de cambios a través de reformas, se tiende a considerar que nada de lo hecho sirve, que una nueva teoría y una nueva manera de trabajar los conocimientos vienen a inaugurar los tiempos desde cero.

No llegamos de ninguna manera con las manos vacías a esta sociedad del conocimiento. No es bueno plantear el salto tecnológico por encima de nuestra

cultura y de nuestros saberes, de lo acumulado por generaciones de comunicadores y educadores.

La cuestión acá es por demás crucial: ¿desde dónde se construyen conocimientos?

Fundamentalmente desde la propia cultura, desde el reconocimiento de lo que se ha sido y es, sobre todo cuando aquélla es plural, es multiétnica, multilingüe.

Pero se nos abre aquí la dificultad de la falta de registro, de expresión de grandes ámbitos de nuestra cultura.

Incorporar toda la cultura

En 1982, cuando hicimos la investigación para el gobierno de México, había comenzado en Canadá el proyecto Telidón, que tenía como propósito incorporar al mundo digital *toda* la cultura canadiense. La expresión puede resultar ambiciosa en extremo. Pero ese era el propósito. Como sucede que no toda la cultura está sistematizada y comunicada, fue necesario investigar, recuperar procesos, volcarlos al papel y la imagen para luego digitalizarlos.

En esto México ha mantenido un proceso ininterrumpido de producción para la educación. Funcionan en ese país ocho canales educativos con alrededor de 30.000 aulas remotas. Los antecedentes se remontan a la década del 70. En la actualidad se procede al armado de la Videoteca Nacional Digitalizada, sobre la base de 150.000 horas de programación, con el propósito de incorporar al sistema por lo menos un tercio de esta cifra¹⁰.

Otro ejemplo: en 1994, la Universidad de Chile creó su web con el propósito de incorporar *toda* la institución a la red. El término que acabo de subrayar suele ser demasiado ambicioso, siempre queda algo de esos intentos totalizadores. Pero la Universidad de Chile mantuvo esa decisión hasta sus últimas consecuencias; *toda* significaba a octubre de 1999 el mantenimiento de una página viva sostenida por 60 personas, con detalles como los siguientes: información completa sobre las carreras, cursos y seminarios, directorio académico con detalles sobre la respectiva disciplina, las publicaciones y la producción intelectual, las actas del Consejo Superior, las publicaciones periódicas, la radio, 1000 publicaciones de texto completo, las 33 revistas, el catálogo en línea de las bibliotecas, la digitalización de todas las obras de los museos de arte que dependen de la institución, lugares especiales para la cultura chilena, programas interactivos para educación permanente...¹¹

Cuando se decide un paso semejante, es preciso estar muy bien parado como organización para darlo. Porque, ¿qué incorporará a la gran red quien no tiene qué incorporar?

La clave de lo sucedido con la Universidad de Chile está en lo previo al salto tecnológico. Y, sobre todo, descansa en un punto al cual quiero referirme con especial énfasis: la producción intelectual. Si ésta no se ha consolidado, si no se la ha trabajado desde la construcción de conocimientos y desde la voluntad de comunicación, difícilmente podrá alimentarse este mundo que nos ha tocado.

Por eso, cuando llega la autopista de la información, suele suceder que no muchos transitan a través de ella, tanto por la falta de sistematización de sus conocimientos como por ausencia de voluntad de comunicación. El caso argentino es en esto interesante. Hacia 1995 se consolidó una red entre todas las universidades nacionales, pero no circulaba casi nadie por ella.

Pero queremos detenernos en los límites impuestos por la falta de recuperación de la cultura. Mal podemos construir conocimientos a partir de una cultura que pocos se ocupan de recoger, de investigar. Construir conocimientos de la propia cultura, entonces, de forma de rescatar la pluralidad y la diversidad de voces.

Hemos señalado al respecto, con un juego de palabras: no es fácil avanzar hacia el hipertexto sino tengo el texto. Necesitamos construir textos sociales en los cuales leernos. En el mundo digital, es sabido, quien no produce productos culturales es casi inexistente.

Necesitamos construir conocimientos desde la propia cultura educativa, encarnada no sólo en la producción intelectual, sino en la experiencia de instituciones y educadores. Un modo casi perverso de llevar adelante el trabajo hace que año a año se pierdan esos tesoros, a través de seres que se jubilan, que van siendo dejados de lado como si lo que poseen no fuera de alguna manera patrimonio de todos. Necesitamos una vigorosa recuperación de esas experiencias a través de memorias de procesos, de historias de vida, de impulso a la producción intelectual por parte de los mismos educadores.

Construir conocimientos no sólo como novedades con pretensión de absolutas, sino también recuperar, sacar a la luz lo que existe, abrir alternativas a la creación de textos sociales a cargo de quienes vienen sosteniendo con sus prácticas cotidianas la educación.

El derecho al conocimiento es también el derecho a la producción de conocimientos, a la recuperación de conocimientos, a la comunicación de conocimientos. Los sistemas educativos pueden, en este sentido, aprender muchísimo de sí mismos.

Lo que planteamos con toda fuerza es que no se puede construir conocimientos al margen de los conocimientos ya construidos y, sobre todo, al margen de nuestras culturas.

Estamos ante un reto histórico sin precedentes: la necesidad de recuperar, registrar, sistematizar y comunicar nuestras culturas, nuestros saberes y experiencias en el campo de la educación, para seguir aprendiendo de ellos. Esto conlleva inversiones, investigaciones, esfuerzos generales de todos los sectores: estados, sociedad civil y empresas. Porque quien se queda con las manos vacías de la principal fuente de su ser y de sus conocimientos no puede pretender avanzar gran cosa en tiempos tan complejos¹².

Utopía y políticas

Ahora bien, en la realidad de América Latina la sociedad del conocimiento aparece como una utopía. Vivimos en una dura orfandad de conocimientos y de distribución de información, acorde con las condiciones de vida de nuestros pueblos, enmarcadas en una desigual distribución de la riqueza que no ha hecho más que acentuarse en los últimos años.

¿Para qué sirve la utopía?, pregunta Eduardo Galeano. Para caminar, responde. Total acuerdo, pero si la utopía es ese horizonte que se aleja y que nos fuerza a la marcha, sucede que las políticas son el camino. No habrá sociedad de la información, y mucho menos del conocimiento, sin políticas culturales nacionales y regionales. Este es el sentido del encuentro que hoy nos reúne. Porque sin acuerdos entre distintos actores sociales, sin búsquedas conjuntas, sin movilización de voluntades y de recursos, será difícil soñar con una sociedad semejante.

Es desde este llamado a la co-responsabilidad de todos los sectores que dirigimos la atención ahora al valioso documento de la UNESCO que citamos anteriormente. El acierto de ese texto se funda, a nuestro entender, en la relación del mismo con los derechos fundamentales del ser humano.

Esto nos sitúa de lleno en una necesaria diferencia de términos: no es lo mismo globalización que universalismo. Escuchamos hace unos meses en Costa Rica una rica exposición de Carlos Roberto Garretón¹³:

“En el universalismo de los derechos humanos los actores son los pueblos, los Estados y los organismos de que se ha dotado la comunidad internacional. Los primeros demandan derechos, reclaman por sus violaciones, se organizan para defenderse, tanto en el ámbito local, nacional como internacional. (...) La globalización, por el contrario, ha sido desarrollada básicamente por el mundo de los negocios. Carece de reglas, salvo las que el mercado impone. Los pueblos no juegan rol alguno, salvo el de consumir y satisfacer los apetitos de las grandes empresas y, particularmente, las del sector financiero. (...) De allí el carácter profundamente antidemocrático del neoliberalismo globalizado. Con el universalismo ganan las personas y los pueblos.”

Es en ese plano del universalismo donde se sitúan los siguientes principios propuestos por la UNESCO:

- ⇒ La Sociedad de la Información deberá estar basada en un fuerte compromiso con los derechos humanos y libertades fundamentales y deberá asegurar la completa realización del derecho a la educación y todos los derechos culturales, así como la libertad de expresión como derecho humano fundamental.
- ⇒ En la Sociedad de la Información, el acceso al dominio público de información y conocimiento con fines educativos y culturales debe ser lo más amplio posible.
- ⇒ La información debe ser de alta calidad, diversificada y confiable.
- ⇒ La Sociedad de la Información debe asegurar la diversidad de lenguajes, escrituras y culturas.

A lo que se añaden las siguientes acciones propuestas:

- ⇒ Consensuar entre los Estados, organizaciones intergubernamentales y no gubernamentales, la sociedad civil y el sector privado sobre una serie de principios básicos, conceptos, objetivos, políticas y prácticas para el progreso hacia sociedades equitativas de conocimiento.
- ⇒ Incrementar conciencia y diseño de patrones de cooperación que conduzcan principalmente a la diversidad de oferta y la participación efectiva de todos los países como productores y consumidores de información, conocimiento y trabajos culturales.
- ⇒ Alentar la diversidad lingüística así como la producción, protección y difusión de contenidos diversificados en los medios y redes de información mundial y, con este fin, promover el papel de los servicios de radio y televisión públicos en el desarrollo de producciones audiovisuales de buena calidad, especialmente por medio del apoyo al establecimiento de mecanismos cooperativos para facilitar su distribución.
- ⇒ Asegurar la protección de derechos de autor y derechos relacionados y el pago justo por el trabajo creativo, al mismo tiempo que se defiende un derecho público al acceso a la información.
- ⇒ Reconocer e impulsar la contribución del sector privado en el fortalecimiento de la diversidad cultural en la Sociedad de la Información.

- ⇒ Producir estudios e investigaciones sobre el impacto de la sociedad de la información, en especial en los campos de la educación, la ciencia y la cultura, y promover el intercambio de conocimiento y las mejores prácticas en este sentido.

En las dos líneas que hemos desarrollado esta presentación, aparecen por delante las siguientes tareas:

- Remontar el analfabetismo tecnológico en todos los niveles de la educación.
- Impulsar programas nacionales de recuperación de las manifestaciones culturales para proceder a su digitalización y a su uso como recursos de aprendizaje.

En la primera línea se registran numerosas experiencias en el contexto de América Latina, tanto en las organizaciones no gubernamentales como en los establecimientos escolares. Sabemos todo lo que resta por hacer en ese campo, pero no nos asusta porque en todo caso tal brecha es salvable.

La segunda resulta por demás problemática. La brecha en nuestros países no es sólo digital, es cultural, tanto por las tremendas desigualdades sociales como por la negación de las culturas, formas privilegiadas de conocimiento y aprendizaje.

La demanda de la educación permanente se liga en estos argumentos a la recuperación, la recreación, la creación y la expresión permanentes de las culturas. Es desde ellas como podremos educarnos, conocer toda la vida. Son ellas responsabilidad de todos los sectores de una sociedad.

Por eso planteamos para la declaración de Tegucigalpa la necesidad de pensar la sociedad del conocimiento en clave cultural y en clave de aprendizaje, no sólo en clave de productividad como surge de no pocas propuestas.

En las tecnologías de la información y la comunicación quien no se manifiesta a través de su producción cultural no existe. Y nosotros venimos existiendo, creando, conociendo, resistiendo, desde hace unos cuantos siglos. Ninguna tecnología nos inaugurará el ser y el conocer. Tenemos mucho que aprender de otras culturas, pero se trata de reafirmarnos en ese ser y ese conocer para formar parte de esta polifonía de la sociedad del conocimiento.

Daniel Prieto Castillo
Tegucigalpa, 30 de octubre de 2002

¹ Nuestro libro *La comunicación en la educación*, Buenos Aires, CICCUS, 1999, analiza estos problemas.

² La experiencia fue sistematizada en la obra *La televisión en la escuela*, Buenos Aires, Lumen, 1999.

³ El excelente libro de Ignacio Pozo *Teorías cognitivas del aprendizaje*, Madrid, Morata, 1989.

⁴ Enzensberger, Hans Magnus. "Los apóstoles del capitalismo digital", Buenos Aires, Diario Clarín, 30 de enero de 2000.

⁵ Tedesco, Juan Carlos. "La política educativa en la sociedad del conocimiento y de la información", Revista Aportes para el Estado y la Administración Gubernamental.

⁶ Prieto Castillo, Daniel. *Utopía y comunicación en Simón Rodríguez*, Caracas, Academia Venezolana de la Lengua, 1989.

⁷ El precioso texto de Freire *Cartas a Cristina*, publicado por Siglo XXI, narra cómo el autor brasileño fue construyendo su propuesta teórica. La comunicación educativa ha sido promovida desde la década del 60 por autores como Mario Kaplún, Francisco Gutiérrez Pérez y Juan Díaz Bordenave.

⁸ Paper, Seymour. *Jaillissement de l'esprit, ordinateurs et apprentissage*, Paris, Ed. Flammarion, 1980.

⁹ CENECA. *Educación para la comunicación*, Santiago de Chile, Ed. UNESCO, 1992.

Aparici, Roberto (coord.). *La revolución de los medios audiovisuales*, Madrid, Ed. de la Torre, 1993.

¹⁰ El Instituto Latinoamericano de la Comunicación Educativa, ILCE, ha sido encargado por el gobierno de México para llevar adelante un proyecto nacional de educación a distancia con el uso de las tecnologías de la información y de la comunicación. Trabajé en ese organismo a fines de la década del 70, éramos unas 40 personas en total, hoy se desempeñan 900.

¹¹ Ortúzar, Gabriela, "El Web de la Universidad de Chile: nuevas tecnologías aplicadas a los servicios de información universitarios", ponencia presentada en el IV Seminario Internacional Las Nuevas Tecnologías y la Educación Superior, Santiago de Chile, CLADES-CEPAL, 13 al 15 de octubre de 1999.

¹² Castells, M., *La era de la información. Economía, Sociedad y Cultura*. Alianza Editorial, 1998.

¹³ Garretón, Carlos Roberto. "Cómo afecta el proceso de globalización al goce de los derechos humanos", presentación al II Encuentro Internacional de la Radio por una Cultura de Paz, San José de Costa Rica, junio de 2002.